



MARIANA SÁNDEZ
LA VIDA EN MINIATURA

IMPEDIMENTA

«I will go down with my colours flying.»

VIRGINIA WOOLF, *Diario*

«También armé pequeños teatros,
cajitas con recuerdos y adivinanzas
para pequeños príncipes porque
la poesía es la continuación de la infancia
por otros medios, y la miniatura,
un objeto transportable,
ideal para los seres nómades.»

MARÍA NEGRONI, *El corazón del daño*

ACABA DE DAR UN PASO AL COSTADO y prefiere no mirar atrás. Es algo temporario, eso la calma. Emprende un viaje por la tierra paterna sin fechas específicas ni propósito. Va con una valija de cabina cuidada, vieja, y un saco de pana verde, bastante ancho para su figura, que pudo haber pertenecido a otra persona. Sus mocasines diminutos de hebilla apenas contactan el piso con la ligereza de las palomas. Hay algo tremendamente narrativo en esa mujer tan pequeña que cabe en un achinamiento de ojos.

Dorothea Dodds avanza por la noche sucia de Londres con la cautela de una monja, una sombra melancólica en la oscuridad. En su andar va dejando huella como los aviones cuando subrayan el cielo con tiza. No le pesan los rosarios ni los pecados ajenos, pero la hunde la culpa por lo que se atrevió a inventar. Jamás pensó que llegaría a tomar una decisión tan insensata. Ni sabe, aunque intuye, que elegirá su final.

MANDANDO

«Es inútil aconsejar calma a los humanos
cuando experimentan esa inquietud
que yo experimentaba.
Si necesitan acción y no la encuentran,
ellos mismos la inventarán.»

CHARLOTTE BRONTË, *Jane Eyre*

La mañana del día en que tenía todo preparado para desertar, Dorothea se dejó caer en la cama gemela a la mía y dijo: No sé si puedo. Se puso a enroscar y desenroscar entre los dedos los flecos de la manta; bajó los ojos llorosos para fijarlos, avergonzada, en ese ejercicio contenedor. Suspendí el lustrado de mis zapatos para sentarme a su lado: Son puros nervios, prima, la tranquilicé con una caricia firme en la espalda.

Cuando volví del baño se miraba abstraída, todavía a medio vestir, en el espejo del armario y se repasaba las líneas deladoras de la cara con el índice. Después de una fatal noche de insomnio, las arrugas parecían el resultado de haber dormido con la cara aplastada contra un colador de pastas. Las ojeras se veían protuberantes como si le hubieran crecido bulbos de batata debajo de la piel. La melena, redondeada encima de los hombros con una perfección que suelo elogiarle, se desordenaba sin gracia dejando asomar arriba, expandida sobre la tintura castaña, una aureola gris en las

raíces, igual a esos ceniceros a los que resulta imposible limpiarles el fondo.

—A ver, que te arreglo con algo de maquillaje —la apuré.

Me di cuenta de que evitaba salir del cuarto y encontrarse con sus padres porque nunca fue buena disimulando, ni siquiera ahora, con ella al borde de la tercera edad y ellos en el precipicio hacia el otro mundo. Mientras tanto, se oía afuera el ir y venir de los viejos que arrastraban los pies, empujaban bultos, entraban o salían de la cocina, colisionaban entre sí y se echaban mutuamente las culpas; susurraban gritando porque ninguno de los dos oye bien, el tío muy poco. Por turnos llamaron a nuestra puerta con la frecuencia de un reloj cucú de dos pájaros.

Horas antes de tomarse el avión a Buenos Aires, luego de tres semanas en Londres, Robert y Sofía estaban tan urgidos por volver a su ciudad que, en sentido inverso a la hija, ejecutaban todo con una precipitación motriz realmente innecesaria. No hacía falta verlos para saber que ya habían acomodado el equipaje en la entrada principal, contando en eso las dos valijas para despachar, un bolso de mano compartido, lleno hasta arriba de remedios de todo tipo y elementos de higiene para usar, teóricamente, durante el vuelo, más la documentación revisada con lupa treinta veces. Solo les faltaba calzarse y partir, apenas se lo indicáramos.

Durante el viaje en taxi volví a agradecerles que hubieran venido desde la australidad del mundo para despedirse de papá ni bien nos avisaron del peor pronóstico. Sabés perfectamente que haría cualquier cosa por mi único hermano y por vos, Mary, por ustedes, reconoció el tío acongojado.

—¿Cómo no íbamos a estar para darle el último abrazo a Simon? —agregó Sofía—. Además fue un placer ver a tu hijo, increíble tan grande, ya se ha vuelto un hombre. ¿Cuántos años me dijiste que tiene?

—¿Christian? Chris cumple veintiocho en agosto. Lástima que se quedó tan poquito, tenía obligaciones por su trabajo y su vida en Berlín.

Al llegar a Victoria Station, salimos expulsados del taxi como un coágulo de carne vieja, dificultades motoras, exceso de abrigo y bártulos. De nada sirvió que les insistiera con hacer todo el camino hasta el aeropuerto en auto; costaba casi lo mismo si se comparaba con la suma de los tres boletos del tren más el taxi y todo el desgaste que producía, a un grupo de gente mayor, andar con el equipaje de un lado para otro, remontando escaleras y buscando ascensores. No hubo forma de convencerlos.

Ahora, situémonos en la estación Victoria, núcleo de todas las vértebras comunicantes de Londres, un lunes a principios de abril. Habitualmente el hormigueo humano es tal que, si uno intenta detenerse un segundo con la intención de revisar el teléfono o encontrar un destino en las carteleras, bastará para ser atropellado por una horda de individuos que marcha en múltiples direcciones de un modo industrial, frenético. Agreguemos a eso la alteración de la gente por el momento convulsivo que atravesábamos: hacía solo unos días la reina había comunicado oficialmente que el Reino Unido se separaba de Europa, tras lo que decenas de miles de personas llenaron las calles para manifestar su descontento. El clima de frustración o de abatimiento, las peleas a favor y en contra en cualquier casa, en las oficinas o en las veredas de los pubs durante los *afterhours*, las marchas y los acampes frente al Parlamento... Todo ello resultaba tan apabullante que de a ratos la tristeza por la muerte de papá —y mi nuevo estado de huérfana— me parecía injustamente esfumada. Me consolaba recordarme cada tanto que por suerte él no había alcanzado a asistir de manera consciente a ese desenlace porque la indignación le hubiera causado no una, sino varias muertes seguidas.

En el centro de ese cuadro, en medio del amasijo, Dorothea se frenó de golpe y nos obligó a los demás a pararnos también, lo que desorientó a sus padres. Más de un pasajero distraído rebotó contra nuestro círculo mal estacionado —un limbo dentro del caos— e insultó porque interrumpíamos el paso. Cuando ya la situación era insostenible, y acorralada por mis continuos recordatorios al oído o mediante toquitos en el codo, mi prima empezó a anunciar que no volvía a Buenos Aires, se quedaba un tiempo en Londres, en mi casa, en Hampstead. Eran necesarias solo tres palabras: Yo no vuelvo. O dos: No vuelvo. Versión impersonal: No volver. Propositivo: Me quedo. Lo que le salió fue tan enmarañado, tan mudo en medio del barullo, que si bien yo a priori no quería, terminé por arrebatarle la palabra.

—La valija esa —señalé— tiene mi ropa. Soy yo quien viaja con ustedes a Buenos Aires, tíos, si me aceptan, mientras Dorothea se toma unas vacaciones acá, un tiempito. Preciso acomodarme a la ausencia de papá y distanciarme temporalmente de todo esto. —Alcé las manos hacia los lados como si mi país se ciñera a ese recinto cercado por cafés, taquillas y kioscos de revistas—. En fin, me vendría tan bien hacer un paréntesis allá. ¿No les molesta?

Los tíos permanecieron inmóviles, observándome como si esperaran que mi boca lo repitiera, seguros de no haber oído bien; les hizo falta unos segundos para procesar la información. Si a mí me resultaba difícil, el cuerpo de mi prima en ese instante debía sentirse como envuelto en una faja de cilicios. La torturaba saber que sus padres no estaban acostumbrados a prescindir de ella o a manejarse solos.

—Claro, claro que no, querida, eso no es problema. —Sofía, con poco aire en la respiración—. Siempre sos bienvenida con nosotros, Mary, es un gusto enorme, ni hay que explicarlo. —A través de los vidrios gruesos de sus lentes,

nos estudió con sus pestañas consumidas, siempre húmedas. Se veía agitada. Sacó del bolsillo el inhalador para el asma y giró hacia un costado para darse un puff. Luego se concentró con la misma avidez en su esposo, presionándolo en silencio para que él respondiera.

—Nuestra casa es tuya y sobra espacio —Robert, notoriamente aturdido. Con las manos en los bolsillos, miraba inquieto hacia la turba radiactiva de pasajeros como si vigilara a un niño a punto de perderse en la multitud.

—Ya hicimos el cambio de billetes, check-in confirmado, todo en orden, nada de que preocuparse —agregué.

Las primas intercambiábamos roles. Yo no tenía inconveniente en reemplazar a Dorothea como asistente profesional del padre, compañía de la madre, coordinadora y sostén anímico del hogar. Me sobran tiempo y condiciones, les aseguré con la consistencia que mi querida Dorothea en cambio desconoce.

—Roberto, ¿pensás opinar algo sobre la decisión de tu hija? Es obvio que se viene con nosotros como estaba armado. ¿Qué ridiculez es esta de querer quedarse así porque sí, en el último minuto? Avisarnos de esta forma tan... desconsiderada. —Sofía, pequeño atajo de huesos, ropa negra de luto (no solo por el velorio de mi padre, sino por costumbre), pelo blanco largo, atado en un rodete, tan blanco que, según la luz, por zonas se vuelve violáceo, todo llevado con elegancia. En los trances de pudor o irritación, el párpado derecho le tintinea exasperado con vida propia, deformándolo de una manera bastante cómica el gesto y provocándole, en conjunto con los anteojos redondos, una singular cara de topo—. Robert... —Daba golpecitos con el bastón en el suelo.

See it, say it, sorted, sonó por octava vez, como un mantra insoportable, la advertencia de seguridad en los parlantes

que habían incorporado hacía unos meses las estaciones para instar a los pasajeros a notificar de cualquier persona u objeto sospechoso.

—¿Qué te puedo decir? Me parece una barbaridad...

—El tío, más alto y macizo que su esposa y que su hija, que yo misma, pero de una estatura más bien baja para la media masculina. Pelo y barba grises, nariz y barriga prominentes, cardigans abotonados y abrigos de tweed largos al estilo Sherlock, sombrero en la calle, boina para pintar: en conjunto, aspecto de psicoanalista pudiente dado al alcohol—. ¿Se puede saber de cuánto tiempo hablamos?

—Algunas semanas, un par de meses, pasa tan rápido.

—Dorothea, esquivada. Posó los ojos en mí para juntar fuerzas, luego revolvió dentro de su cartera como si buscara un caramelo en el fondo.

Lo habíamos discutido hasta el hartazgo y, aunque le costara admitirlo, ella estaba convencida. Quizás valga la pena aclarar que, más allá de las idas y vueltas, se mantuvo inquebrantable por primera vez en su vida, a los cincuenta y nueve años.

La culpa fue del otro país, el que la tentó, eso me había dicho mi prima. La culpa fue, en todo caso, de algo inaudito que le produjo ese destino. De la nada misma, de repente: ese paisaje concreto o la idea del paisaje. ¿Un espejismo? La culpa se mezcló con la mitad de cromosomas ingleses que existían en su cuerpo a pesar de haber nacido y vivido siempre en la Argentina, y a pesar de que al padre su propia inglesidad lo tenía sin ningún cuidado. Robert había dejado su tierra muy joven para casarse con Sofía y, a medida que morían sus últimos parientes, se vaciaba de motivos para volver, lo vivía como un territorio del pasado, un mapa lleno de lápidas.

Esa mitad vino a susurrarle a ella al oído con la lengua de la serpiente. Le describió el paraíso. Dorothea tomó su manzana. La culpa surgió de los sueños sin sentido o del sinsentido de los sueños. La culpa debió ser de Inglaterra, que tuvo la osadía de flecharla con ese impulso insólito, ese deseo inexplicable de volverse inglesa, de permutar su patria, de trasplantar su espíritu, como si respondiera al mayor acto de entrega, el máximo estado de enamoramiento que había experimentado nunca. Y, lo más llamativo, le ocurrió en una dirección opuesta a la del padre.

Hubo momentos, después, en que me arrepentí de haber favorecido ese rapto tan curioso, más aún de haberlo promovido. Sin embargo, ahora puedo admitir que tan equivocada no estaba mi prima al perder la cabeza por el amor a un país. Aquel paisaje idealizado al final la recibió con lo único que ella de verdad precisaba: algo de reconocimiento, un guardián atento y un jardín.

En esa nostalgia de pasado y futuro mezclados andaba trasapelada por aquellos días cuando un folleto con publicidad, en una tienda Oxfam, le sugirió una idea. Tenue, rebelde, provocativa idea que tomó forma entre las dos.

Frente a la declaración de independencia de su hija, de repente, el tío pareció salir del ensimismamiento y gritó que cuánto le iba a costar toda esa idiotez, agitaba los brazos y escupía al gritar. Si el campo semántico obsesivo de Sofía ronda el tema de la salud y la puntualidad, el de Robert suele estar minado de referencias a cuestiones económicas. Sobre todo debido a las experiencias tan terriblemente negativas con el otro hijo, eso lo entiendo, pero Dorothea nunca había sido ni sería como su hermano mellizo, evidente para cualquiera, muy en particular para sus padres. Al margen de

que los tíos no serán ricos, me consta por comentarios de papá que han heredado y logrado embolsar unos ahorros sustanciosos: alcanzan para dar buena vida a por lo menos unas dos generaciones después de ellos y, en esa familia, Dorothea ya es el *cul-de-sac*. Como si fuera poco, la obra de Robert Dodds —considerado uno de los más prestigiosos pintores ingleses contemporáneos— se vende por unidad en miles de dólares.

Nosotras nos miramos como quien escucha por centésima vez la pregunta monocorde de alguien con alzhéimer y aclaramos que cada una se costeaba lo correspondiente, tío querido. De cualquier forma, aceptémoslo, es mucho más fácil protestar por dinero que por desilusiones emocionales y lo único que le dolía al hombre, hasta niveles intolerables, era imaginarse un minuto sin su hija, su bastón o bastión vital. Me moría de ganas de señalárselo pero me mordí la lengua. A ver cuándo empezamos a llamar a las cosas por su nombre, con gusto le hubiera dicho.

Hubo que llevárselo a la rastra. Entre las tres lo forzamos a subir al vagón; la tía colaboró no porque estuviera de acuerdo, sino porque la movía el apremio por irse y el terror a perder el vuelo, y porque detesta hacer escándalos delante de otra gente, incluida yo misma. Ya arreglarían cuentas con su hija, lo adiviné en ese beso que le revoleó con el filo del mentón y que acompañó de un chau cortante.

A último momento, Dorothea sintió el envión de subir también, hizo un movimiento extraño hacia nosotros, hacia el vagón, justo cuando la detuvo el altavoz —*Stand clear of the closing doors*— y las puertas se cerraron delante de ella. Le sonreí con la intención de que se aflojara, aunque no sé si lo captó porque, como era de esperar, tenía la cabeza desbordada de reproches. Con qué derecho, tratarlos así, tan egoísta, en particular con la pena que les había causado Enrique,

empezó a fustigarse apenas el tren se puso en marcha, me lo contó después en un mensaje. No iban a resistirlo, seguro iba a impactarles en la salud, etcétera y ramilletes de etcéteras.

Se acercó indecisa a verificar qué tren salía hacia el aeropuerto. Buscaría su valija e iría detrás de nosotros. Y si no, tomaría otro avión, el siguiente, cualquiera. Sacó el celular del bolsillo para llamarme y avisarme que se arrepentía. Amagó a marcar mi número, pero sabía lo que yo iba a responderle. Entonces volvía a tildarse ante el letrero de Gatwick Express y las carteleras con los anuncios fosforescentes de los horarios sin ver ni escuchar nada. Más trenes partieron con ella detenida ahí, enfrascada. En un par de oportunidades hizo dos o tres pasos hacia ningún lugar y regresó. Puedo imaginar el cuadro: la intensidad de la luz natural empezó a debilitarse; primero las sombras y luego la luz artificial cayeron gradualmente sobre la figura estática de Dorothea. Cuando tomó valor para dejar la estación, afuera había empezado a oscurecer.